La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

				2	J		
		K					
			3		L		
	N						
						M	
	2						

SOLUCION

J = Rey, K = Caballo, L = Dama, M = Alfil, N = Torre.

Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

				B	R
				4	0
2	0	9	6	0	2
8	3	1	7	0	1
4	5	0	8	0	1
3	2	1	0	1	0
7	1	0	3	1	0
6	4	8	9	1	0

SOLUCION 7259

Verano/12

(Por Marta Kapustín) Nueve cuarentonas sentadas alrededor. Sandalias dorado antique, bermudas y blazer de seda natural salvaje —si imitación, impecable—. Varias narices de plástica y un par de... Bronceadas. Joyas discretas pero presentes. Como es enero, todavía en Buenos Aires.

Cada cual se presentó con su nombre y apellido/s (no falta quien esté casada legalmente) (y se ufane de ello). Se dieron los respectivos números telefónicos: por las características una de ellas logró colegir y apuntar en voz alta que son todas de la misma zona. Las de más allá de Monroe ni se atrevieron.

Sentadas alrededor del maestro que tiene a la mano sus completas de Freud. En alemán, *natürlich*. Sinceramente, no las necesita puesto que sabe el pasaje de memoria y lo traduce con lentitud. Qué giros, qué ensambles, cuánta verdad desde el veintitantos rondando las cabezas. Rondando.

Al primer respiro, la Tres prorrumpe con algo que tiene que ver con estructura. La Nueve desliza que dicta clases en una universidad privada mientras la Siete alude a París, París con ella incluida. La Nueve no quisiera quedarse atrás pero, lamentablemente, sus clases no han llegado tan lejos; a cambio, su hijo va a ser ingeniero. La Tres insiste porque ella también Europa y quien dice Europa dice estructura.

El maestro retoma las riendas que subrepticiamente quisieron arrebatarle. Del '20 salta al congreso del '71, de allí a su propia ponencia del '83 reciclada en el '89, y un poco más acá a la disputa por aquella frase que llevó a muchos al borde del cisma. Al borde, dijo.

La que estuvo en París ya lo sabía. La Cinco no, y no le interesa: se recibió tardíamente y aún cree en los preceptos monolíticos. La Dos es muy callada pero esta vez desearía introducir un bocadillo; sólo desearía. La Seis es una inocente auténtica y pregunta cómo se come eso a la hora del diván, pues viene sospechando que los pacientes no vienen como antes: ni cómo en el veintipico, ni siquiera como en los setenta, y algunos tan diferentes al '83. Comparten el criterio la Uno, la Seis y la que París devolvió como nueva.

El maestro llama a cordura. Señoras, dice. La Soltera se ríe muy nerviosa pues cifra su esperanza en este horario y en este profesor que —como es comidilla del ambiente— acaba de separarse. Señoras, dice imperturbable, volvamos a Freud. Volvamos.

Durante quince minutos ininterrumpidos su palabra crece y profesa, las agendas sudan y el escepticismo mengua. Una rebelde recién saca su birome.

La Tres se viene cayendo de su estructura y pide auxilio en vano ya que la Cuatro, más leída de lo que aparentaba, ha salido a retrucarla; se trajo embale, argumentos, citas inéditas y un caso que logró dar de alta. No se entiende qué está dirimiendo pero se la deja porque aún hoy, un caso dado de alta es un caso dado de alta.

La que prodigó a París su mirada también tiene un paciente. La futura madre del ingeniero, dos casos similares. La Ocho hace mucho que no atiende "por los chicos". Las demás, con poco trabajo pero debido a que al fin pueden hacer lo que siempre quisieron; cerámica y stretching, especifica la Dos.

El maestro redondea. Organiza el temario de la clase siguiente y responde algunas preguntas, sean irreflexivas o prudentes. Suspira. La Soltera también.

Despide a cada una como un verdadero justiciero: a lo sumo una miradita de nalgas con absoluto disimulo en forma selectiva, pero a todas idéntico beso.

Me pongo en fila para recibir el mío.





CARTAS A

(SEGUNI

Aquí se publica la segunc
inédito de P

Por Pacho O'Donnell

Eso había sido en el '84, ocho años después de su partida. Quizás fue la pregunta de la mujer lo que terminó por decidirlo, aunque el proyecto de regresar le rondaba en la cabeza desde el mismo momento en que había subido la planchada del "Río Jáchal", tratando de controlar su pánico y rezando para que el barco partiese lo antes posible y así aventar el riesgo de que algún "grupo de tareas" se llevase a algunos de los que luego gritaron y se estrujaron, aliviados, cuando el barco dejó atrás el Río de la Plata y se internó en la inmunidad del océano, proa a la supervivencia.

—Voy a ver cómo están las cosas —aclaró a Ramonet y a Martelotti—, para después decidir.

Lo primero que hizo fue llamar a Graciela. Se citaron en el Blasón, en Las Heras y Pueyrredón, el mismo bar donde se habían puesto de novios.

—Hola.

—Hola.

Se besaron rápidamente, como con miedo a quedarse pegados.

—Estás igual de linda —mintió el Negro, calculando que Graciela habría engordado diez kilos por lo menos.

—Callate, no seas mentiroso.

—No me escribiste más.

—No.

—Me enteré de que te casaste.

—Sí, con Ferraro, ¿te acordás?

El Negro se acordaba. Ferraro era uno de los rellenos de la barra, siempre seguía lo que los demás proponían y nunca iniciaba nada. Cuando los otros se metieron en la "pesada" Ferraro desapareció. Tenía un olfato especial para huir de las situaciones de alto voltaje. Una mezcla de menso y otario. Graciela debía de haberse sentido muy sola y desesperanzada para agarrar viaje con él.

—Tuve dos pibes —agregaba Graciela, sirviéndose la fanta.

—¿Y cómo te va? —el Negro se dio cuenta de que su boca dibujaba una sonrisa tonta, incómoda, que Graciela podía interpretar como sobradora.

—Vos siempre te creés que tenés razón en todo —le había dicho tantas veces.

—No sigas viéndote con los muchachos, te comprometés —también le había repetido, preocupada—. Que ellos se arriesguen me parece bien porque ellos creen en lo que hacen, aunque yo pienso que están equivocados. Pero los que, como vos caen de boludos son imperdonables.

Y Graciela había tenido razón. Los años de violencia habían triturado al Negro sin que pudiera vanagloriarse de nada porque eso de haber seguido siendo amigo de sus amigos no tenía nada de heroico.

—¿Y vos? —preguntó Graciela, alzando sus ojos que revelaron profundas patas de gallo. El Negro supo, a su vez, que a ella le impactaban sus pronunciadas entradas y sus abundantes canas.

—Bien, abriéndome paso.

—¿Pensás volver?

—No sé, todavía no sé —el Negro bajó su mirada hacia el café que revolvía como si el terrón no se hubiese disuelto hacía ya rato.

—Ah...

Tenían tantas cosas por decirse en aquel bar modernizado con un mal gusto que hacía añorar su nostálgico clasicismo de antes. Sin embargo quedaron en un profundo silencio salpicado con los ruidos del cubito contra el vaso y la cucharita contra la taza. El dilema era decirse todo o nada. Decirse todo hubiera requerido una confianza que amortiguase la potencia de los reproches recíprocos: por qué Graciela no lo había acompañado en su exilio, por qué el Negro había arruinado su seguro matrimonio de manera tan irresponsable. Pero ya era tarde para franquezas. Y peligroso, pues no había ya chances para rehacer nada.

El Negro habló un rato, sintiéndose estúpido, del Prado y del acueducto de Segovia. Graciela le contó desabridamente algunas anécdotas de sus hijos.

—Uy, se me hace tarde, debía de haberte dicho que me tenía que ir enseguida —mintió ella haciendo chirriar su silla contra las baldosas—. Tengo que buscar a la menorcita a un cumpleaños de una compañerita del jardín.

Cuando Graciela se fue, el Negro se quedó un largo rato mirando a través del ventanal, aunque lo único que veía eran imágenes antiguas de su vida con Graciela, con una tristeza pesada que relajaba todo su cuerpo y un desamparo abismal que lo asustaba con el futuro. Por fin, para ahuyentar traicioneras reflexiones sobre cómo y cuántos hubiesen sido sus hijos con Graciela, se puso de pie, dejó los billetes y salió a la calle. Había confirmado que ella lo seguía queriendo, tanto que no se había animado a preguntarle si se había casado o si estaba de novio, Graciela no hubiese tolerado una respuesta afirmativa, y el Negro se alegraba de no haber quedado al descubierto por la pregunta, evidenciando que nunca había podido rehacer una pareja y que la foto de Graciela seguía sobre su mesa de luz, y cuando las prostitutas preguntaban sobre ella, el Negro respondía convencido:

—Mi novia. Está en Argentina.

—Uno se enamora una sola vez en la vida —pontificó Ramonet cuando el Negro, borracho, le había hecho confidencias—. Lo demás son meras falsificaciones.

Los amigos porteños de toda la vida se habían alegrado de ver otra vez al Negro, después de tantos años. Pero era una alegría que duraba el rato de reencuentro, como el fulgor de una bengala navideña, y luego no quedaba pólvora para ir más allá, para llamarlo o para invitarlo por segunda vez. Como si los papeles de las puestas en escena de sus vidas estuviesen todos adjudicados y no quedase lugar para otro actor.

—Siempre mojás el baño y soy yo la que tiene que secarlo. ¿Qué te cuesta correr la cortina cuando te duchás?

Con su madre recuperaron sus coreografías de antaño, con inmensa ternura. Ella lo regañaba por el baño empapado o porque se olvidaba las llaves y ella tenía que despertarse para abrirle, con lo que le costaba volver a dormirse. Y él le protestaba que no tomase sus remedios a las horas correspondientes o que deambulase a oscuras por la casa para enflaquecer la cuenta de la electricidad, con el riesgo de caerse y romperse algún hueso.

—Tardaste ocho años en venir —le dijo la vieja, sin reproche, mimándolo con la voz y alborotándose el pelo mientras él disimulaba sus ojos anegados de lágrimas, inclinado sobre las milanesas chatísimas y de bordes tostados que tanto le gustaban desde chico y que su madre lo cocinaba con devoción—. Ahora te volvés a ir y no te voy a ver nunca más.

—Déjese de joder, vieja —había respondido el Negro, endureciéndose, defendiéndose de ese lanzazo que lo había atravesado de lado a lado. Porque sabía que era cierto, que su madre había empezado a morirse y que nunca más volverían a estar juntos, como ahora, tomados de la mano. Y él, en vez de aprovechar el coraje de su madre que había dicho lo que para él era indecible, esa fortaleza de siempre con la que sacó adelante a su familia cuando quedó viuda y sin experiencia en eso de ganarse el pan, en vez de arrojarse a sus brazos y decirle todo lo que nunca le había dicho y que durante sus años en España había planeado tantas veces decirle, ensayando hasta las inflexiones de voz, que la quería mucho, que le estaba tan agradecido por haberle pedido tan poco a cambio de aceptarlo todo de él aunque no lo comprendiese, en vez de eso le reprochó de mal modo:

—Déjese de joder, vieja, siempre tan pesimista usted —y aquellos dedos amadísimos se retrajeron volviendo al nido del regazo, donde se ovillaron temblorosos. Siempre se arrepintió, luego, de haber dejado pasar esa oportunidad.

—¿Cómo te va allá, hijo? —preguntó su madre, pasado un rato.

—Bien, vieja —mintió—. No me puedo quejar, aunque estoy seguro de que de aquí en adelante las cosas me van a mejorar mucho. Por eso me voy a quedar un tiempo más, ¿sabe?, hago diferencia y después vuel-



CARTAS A MAMA

(SEGUNDA PARTE)

Aquí se publica la segunda y última parte de este relato inédito de Pacho O'Donnell.

Por Pacho O'Donnell

Eso había sido en el '84, ocho años después de su partida. Quizás fue la pregunta de la mujer lo que terminó por decidirlo, aunque el proyecto de regresar le rondaba en la cabeza desde el mismo momento en que había subido la planchada del "Río Jáchal", tratando de controlar su pánico y rezando para que el barco partiese lo antes posible y así aventar el riesgo de que algún "grupo de tareas" se llevase a algunos de los que luego gritaron y se estrujaron, aliviados, cuando el barco dejó atrás el Río de la Plata y se internó en la inmunidad del océano, proa a la supervivencia.

—Voy a ver cómo están las cosas —aclaró a Ramonet y a Martelotti—, para después decidir.

Lo primero que hizo fue llamar a Graciela. Se citaron en el Blasón, en Las Heras y Pueyrredón, el mismo bar donde se habían puesto de novios.

—Hola.

—Hola.

Se besaron rápidamente, como con miedo a quedarse pegados.

—Estás igual de linda —mintió el Negro, calculando que Graciela habría engordado diez kilos por lo menos.

—Callate, no seas mentiroso.

—No me escribiste más.

—No.

—Me enteré de que te casaste.

—Sí, con Ferraro, ¿te acordás?

El Negro se acordaba. Ferraro era uno de los rellenos de la barra, siempre seguía lo que los demás proponían y nunca iniciaba nada. Cuando los otros se metieron en la "pesada" Ferraro desapareció. Tenía un olfato especial para huir de las situaciones de alto voltaje. Una mezcla de menso y otario. Graciela debía de haberse sentido muy sola y desesperanzada para agarrar viaje con él.

—Tuve dos pibes —agregaba Graciela, sirviéndose la fanta.

—¿Y cómo te va? —el Negro se dio cuenta de que su boca dibujaba una sonrisa tonta, incómoda, que Graciela podía interpretar como sobradora.

—Vos siempre te creés que tenés razón en todo —le había dicho tantas veces.

—No sigas viéndote con los muchachos, te comprometés —también le había repetido, preocupada—. Que ellos se arriesguen me parece bien porque ellos creen en lo que hacen, aunque yo pienso que están equivocados. Pero los que, como vos caen de boludos son imperdonables.

Y Graciela había tenido razón. Los años de violencia habían triturado al Negro sin que pudiera vanagloriarse de nada porque eso de haber seguido siendo amigo de sus amigos no tenía nada de heroico.

—¿Y vos? —preguntó Graciela, alzando sus ojos que revelaron profundas patas de gallo. El Negro supo, a su vez, que a ella le impactaban sus pronunciadas entradas y sus abundantes canas.

—Bien, abriéndome paso.

—¿Pensás volver?

—No sé, todavía no sé —el Negro bajó su mirada hacia el café que revolvía como si el terrón no se hubiese disuelto hacía ya rato.

—Ah...

Tenían tantas cosas por decirse en aquel bar modernizado con un mal gusto que hacía añorar su nostálgico clasicismo de antes. Sin embargo quedaron en un profundo silencio salpicado con los ruidos del cubito contra el vaso y la cucharita contra la taza. El dilema era decirse todo o nada. Decirse todo hubiera requerido una confianza que amortiguase la potencia de los reproches recíprocos: por qué Graciela no lo había acompañado en su exilio, por qué el Negro había arruinado su seguro matrimonio de manera tan irresponsable. Pero ya era tarde para franquezas. Y peligroso, pues no había ya chances para rehacer nada.

El Negro habló un rato, sintiéndose estúpido, del Prado y del acueducto de Segovia. Graciela le contó desabridamente algunas anécdotas de sus hijos.

—Uy, se me hace tarde, debía de haberte dicho que me tenía que ir enseguida —mintió ella haciendo chirriar su silla contra las baldosas—. Tengo que buscar a la menorcita a un cumpleaños de una compañerita del jardín.

Cuando Graciela se fue, el Negro se quedó un largo rato mirando a través del ventanal, aunque lo único que veía eran imágenes antiguas de su vida con Graciela, con una tristeza pesada que relajaba todo su cuerpo y un desamparo abismal que lo asustaba con el futuro. Por fin, para ahuyentar traicioneras reflexiones sobre cómo y cuántos hubiesen sido sus hijos con Graciela, se puso de pie, dejó los billetes y salió a la calle. Había confirmado que ella lo seguía queriendo, tanto que no se había animado a preguntarle si se había casado o si estaba de novio, Graciela no hubiese tolerado una respuesta afirmativa, y el Negro se alegraba de no haber quedado al descubierto por la pregunta, evidenciando que nunca había podido rehacer una pareja y que la foto de Graciela seguía sobre su mesa de luz, y cuando las prostitutas preguntaban sobre ella, el Negro respondía convencido:

—Mi novia. Está en Argentina.

—Uno se enamora una sola vez en la vida —pontificó Ramonet cuando el Negro, borracho, le había hecho confidencias—. Lo demás son meras falsificaciones.

Los amigos porteños de toda la vida se habían alegrado de ver otra vez al Negro, después de tantos años. Pero era una alegría que duraba el rato de reencuentro, como el fulgor de una bengala navideña, y luego no quedaba pólvora para ir más allá, para llamarlo o para invitarlo por segunda vez. Como si los papeles de las puestas en escena de sus vidas estuviesen todos adjudicados y no quedase lugar para otro actor.

—Siempre mojás el baño y soy yo la que tiene que secarlo. ¿Qué te cuesta correr la cortina cuando te duchás?

Con su madre recuperaron sus coreografías de antaño, con inmensa ternura. Ella lo regañaba por el baño empapado o porque se olvidaba las llaves y ella tenía que despertarse para abrirle, con lo que le costaba volver a dormirse. Y él le protestaba que no tomase sus remedios a las horas correspondientes o que deambulase a oscuras por la casa para enflaquecer la cuenta de la electricidad, con el riesgo de caerse y romperse algún hueso.

—Tardaste ocho años en venir —le dijo la vieja, sin reproche, mimándolo con la voz y alborotándose el pelo mientras él disimulaba sus ojos anegados de lágrimas, inclinado sobre las milanesas chatísimas y de bordes tostados que tanto le gustaban desde chico y que su madre lo cocinaba con devoción—. Ahora te volvés a ir y no te voy a ver nunca más.

—Déjese de joder, vieja —había respondido el Negro, endureciéndose, defendiéndose de ese lanzazo que lo había atravesado de lado a lado. Porque sabía que era cierto, que su madre había empezado a morirse y que nunca más volverían a estar juntos, como ahora, tomados de la mano. Y él, en vez de aprovechar el coraje de su madre que había dicho lo que para él era indecible, esa fortaleza de siempre con la que sacó adelante a su familia cuando quedó viuda y sin experiencia en eso de ganarse el pan, en vez de arrojarse a sus brazos y decirle todo lo que nunca le había dicho y que durante sus años en España había planeado tantas veces decirle, ensayando hasta las inflexiones de voz, que la quería mucho, que le estaba tan agradecido por haberle pedido tan poco a cambio de aceptarlo todo de él aunque no lo comprendiese, en vez de eso le reprochó de mal modo:

—Déjese de joder, vieja, siempre tan pesimista usted —y aquellos dedos amadísimos se retrajeron volviendo al nido del regazo, donde se ovillaron temblorosos. Siempre se arrepintió, luego, de haber dejado pasar esa oportunidad.

—¿Cómo te va allá, hijo? —preguntó su madre, pasado un rato.

—Bien, vieja —mintió—. No me puedo quejar, aunque estoy seguro de que de aquí en adelante las cosas me van a mejorar mucho. Por eso me voy a quedar un tiempo más, ¿sabe?, hago diferencia y después vuelvo y ya no nos separamos más.



Fue en ese mismo momento en que decidió que escribiría una carta semanal a su madre, la escribiría en los domingos vacíos e interminables de Madrid y la echaría los lunes. En esas cartas la iba a hacer tan feliz contándole lo bien que le iba. Inventando para ambos una realidad que respondiese a sus deseos. Una mentira que justificase el estar absurdamente separados.

—¿Por qué te fuiste? —le había preguntado su madre, hacía años, por teléfono.

—Porque querían matarme.

Ella trató de no herirlo.

—¿Estás seguro?

El Negro había optado por ofenderse, reprochándole su incomprensión e insensibilidad, pero lo cierto era que nunca lo habían ido a buscar. A lo mejor Guillermo se llevó su nombre a la tumba y nunca había habido peligro para él. Quizás los milicos siempre supieron que no tenían nada que temer de él. Después de todo él no fue un militante sino un chitrulo. Alguna vez se lo había gritado Graciela, su voz borroneada por las descargas oceánicas, cuando él aprovechaba algún aparato descompuesto cuya ubicación se transmitían solidariamente los latinoamericanos exiliados, que se alineaban en colas pacientes sin que faltasen los que repartían números con el orden de llegada y a los que a veces se podía sobornar y así anticiparse a la inevitable llegada de la policía, alertada por la aglomeración, que se llevaba a algunos y clausuraba la cabina.

—Vos te creés que sos un héroe porque te escapaste. Pero sos un imbécil porque nadie te perseguía —le había gritado Graciela, la última vez que le atendió el teléfono, sollozando—. De lo que te escapaste fue de tus responsabilidades, de tus obligaciones.

Eso era lo más perturbador. Que a lo mejor todo lo que le había sucedido, todo lo que había perdido hubiese sido en vano, una falsa alarma, un exceso de terror injustificado.

—Sos un chiquilín, un inmaduro —fue lo último que le escuchó a Graciela, antes de que ella cortase la comunicación.

—Te envidio —le había dicho a Milena, empeñada en el repulgo de las empanadas—. Vos no tenés dudas de que hiciste bien en venirte. Yo, en cambio, a veces pienso que me equivoqué.

"Fuimos a ver yates. Quiero comprarme uno, así la saco a pasear cuando venga a visitarme. Va a ver que el olor a yodo del mar le borra los dolores de sus piernas. Estuve a punto de señar uno de doce metros de largo con dos camarotes, pero decidí esperar unas semanas porque me enteré de que va a salir un modelo nuevo que es fenomenal." En esa misma carta el Negro le daba la gran noticia de que iba a ser abuela, que el análisis de Almudena había dado positivo.

—Es como si a nosotros se nos hubiese parado el reloj —explicaba el Negro, saboreando la última botella de Suter, mientras escuchaban Ramonet, Martelotti y Melina—. Mientras allí el tiempo pasó rápido, más rápido que lo normal. Todo parece igual que cuando uno se fue, pero no es cierto, todo está cambiado y uno ya no tiene las claves para descifrar lo microscópico de lo que sucede, ni comprender todos los sentidos de lo que se dice.

—Se pierde la capacidad de sutileza —apoyó Martelotti—. Como esos idiomas extranjeros que uno deja de hablarlos durante un tiempo y entonces uno se vuelve Tarzán. Condenados a lo grueso y analfabetos para los detalles.

—Quizás por eso nos juntamos, somos integrantes de una raza reducidísima...

—En extinción.

—En extinción... como este Suter.

Don Leopoldo y el Negro se apreciaban, se estaban agradecidos el uno al otro y sus reproches, al Negro por cumplir sin entusiasmo y al dueño de la tienda por no haberle legalizado nunca su contrato de trabajo, no eran suficientemente vigorosos como para enturbiar su recíproca simpatía.

—Usted y yo no nos vamos a entender nunca— dijo una vez el empleado y don Leopoldo le regaló entonces una de las claves—. Por más que lo desee y me lo proponga nunca podré entender profundamente a alguien que no haya vivido la experiencia del franquismo.

En otra oportunidad, mientras la radio difundía alguna noticia sobre Argentina:

—Hablamos el mismo idioma pero somos muy diferentes. Por ejemplo aquí en España jamás podremos comprender el peronismo, es algo que comprendéis sólo vosotros.

Pero el Negro tampoco estaba seguro de comprender el peronismo. En realidad no comprendía casi nada, o lo comprendía todo a medias, lo que era aun peor. Como ese satélite con su instrumental mal enfocado que transmitía imágenes borrosas que se prestaban a interpretaciones erróneas.

—Soy un scalextric azul —le dijo una noche a una de las prostitutas con las que se acostaba de tanto en tanto.

—Si estás ebrio vete y vuelve otra vez. No me gusta hacerlo con ebrios.

No estaba ebrio. Acababa de sufrir una emoción violenta, camino al burdel. En una juguetería dos niños corrían carreras en una pista de scalextric, y sus cochecitos, uno rojo y otro azul, maniobrados a distancia con habilidad, recorrían sus trayectorias velozmente. Hasta que uno de ellos, el azul, se salió de la pista y golpeó contra la pared.

—Soy un scalextric —comentó el Negro, alterado, como si una dolorosa verdad le hubiese sido revelada—. Yo también descarrilé y ya no pude volver a la pista. O si lo hice lo hice a la cola, sin chances.

Su madre había muerto pocos meses después de su único viaje a Argentina. Nadie se lo comunicó a tiempo.

Se había enterado porque el correo le devolvió una de sus cartas semanales por "destino desconocido". No tuvo dudas de lo que había sucedido pero llamó por teléfono, su corazón latiéndole despavorido.

—Esa señora ya falleció. Falleció el mes pasado. Nosotros somos los nuevos inquilinos. ¿Quién habla?

—No, nada, no se preocupe —alcanzó a balbucear antes de cortar, acelerado por una absurda vergüenza de ser reconocido.

Fue al día siguiente cuando al abrir el cofrecito de su correspondencia la encontró. La reconoció enseguida y un escalofrío violento recorrió su cuerpo de punta a punta. La tomó entre sus dedos con enorme precaución como si se tratase de algo frágil, quebradizo.

"Mi querido hijo —comenzaba—, hace dos meses que no te escribo porque mi salud no anda nada bien. Pero no te preocupes porque seguramente pasará, como otras veces", las lágrimas del Negro goteaban ya sobre su camisa. "Además estoy segura de que Dios me ayudará a vivir hasta que volvamos a estar juntos." Luego la caligrafía dificultosa que había ido deteriorándose carta tras carta hasta hacerse casi ilegible, se internaba en los acostumbrados comentarios sobre vecinos y parientes, sobre inflaciones y restricciones. Sin referirse nunca a sus estados de ánimo, a sus sentimientos más profundos. Protegiendo a su hijo de la culpa.

"Ella me escribía de tanto en tanto para que yo no dejase de mandarle cartas. Como si me diese cuerda", razonó el Negro sin poder controlar ese temblor de sus manos que arrancaba susurros al papel de seda. "P.S.: No dejes de escribirme siempre, aunque ya no esté. Siempre me gustaron tus cartas y a vos, estoy segura, te hacen bien". ¡Aunque ya no esté!, respingó el Negro, su madre sabía que iba a morirse pero quiso protegerlo. En ese momento además se convenció de lo que hasta entonces sólo se había atrevido a intuir: su madre no creía en lo que él le contaba, simplemente le seguía la corriente. La prueba era, no se había dado cuenta de ello hasta ese instante, que jamás le preguntó sobre Almudena ni sobre su imaginario hijo próximo.

Tenía una carta a medio terminar en la mesa de patas desparejas arrinconada contra una de las paredes de la habitación oscura y vetusta que alquilaba a doña Engracia. Escribió los últimos renglones: "Creo que me conviene irme al Banesto donde me darán un despacho al lado de Mario Conde, su presidente, y donde atenderé asuntos de la mayor importancia. Más adelante podré pedirles que me destinen a la Argentina para ocuparme de las inversiones allá y quizá en toda Sudamérica. Entonces viviremos juntos y nunca más nos separaremos. Un beso enorme de su hijo. Negro". Se quedó mirando el papel y al rato agregó después de "hijo", "que tanto la quiere". Después humedeció prolijamente el sobre con su lengua y lo pegó. Le adhirió las estampillas con la efigie del Rey y se la guardó en el bolsillo para enviarla el día siguiente. Y todos los lunes.

Miércoles 27 de febrero de 1991

MAMA

(…DA PARTE)

…a y última parte de este relato …cho O'Donnell.



vo y ya no nos separamos más.

Fue en ese mismo momento en que decidió que escribiría una carta semanal a su madre, la escribiría en los domingos vacíos e interminables de Madrid y la echaría los lunes. En esas cartas la iba a hacer tan feliz contándole lo bien que le iba. Inventando para ambos una realidad que respondiese a sus deseos. Una mentira que justificase el estar absurdamente separados.

—¿Por qué te fuiste? —le había preguntado su madre, hacía años, por teléfono.

—Porque querían matarme.

Ella trató de no herirlo.

—¿Estás seguro?

El Negro había optado por ofenderse, reprochándole su incomprensión e insensibilidad, pero lo cierto era que nunca lo habían ido a buscar. A lo mejor Guillermo se llevó su nombre a la tumba y nunca había habido peligro para él. Quizás los milicos siempre supieron que no tenían nada que temer de él. Después de todo él no fue un militante sino un chitrulo. Alguna vez se lo había gritado Graciela, su voz borroneada por las descargas oceánicas, cuando él aprovechaba algún aparato descompuesto cuya ubicación se transmitían solidariamente los latinoamericanos exiliados, que se alineaban en colas pacientes sin que faltasen los que repartían números con el orden de llegada y a los que a veces se podía sobornar y así anticiparse a la inevitable llegada de la policía, alertada por la aglomeración, que se llevaba a algunos y clausuraba la cabina.

—Vos te creés que sos un héroe porque te escapaste. Pero sos un imbécil porque nadie te perseguía —le había gritado Graciela, la última vez que le atendió el teléfono, sollozando—. De lo que te escapaste fue de tus responsabilidades, de tus obligaciones.

Eso era lo más perturbador. Que a lo mejor todo lo que le había sucedido, todo lo que había perdido hubiese sido en vano, una falsa alarma, un exceso de terror injustificado.

—Sos un chiquilín, un inmaduro —fue lo último que le escuchó a Graciela, antes de que ella cortase la comunicación.

—Te envidio —le había dicho a Milena, empeñada en el repulgo de las empanadas—. Vos no tenés dudas de que hiciste bien en venirte. Yo, en cambio, a veces pienso que me equivoqué.

"Fuimos a ver yates. Quiero comprarme uno, así la saco a pasear cuando venga a visitarme. Va a ver que el olor a yodo del mar le borra los dolores de sus piernas. Estuve a punto de señar uno de doce metros de largo con dos camarotes, pero decidí esperar unas semanas porque me enteré de que va a salir un modelo nuevo que es fenomenal." En esa misma carta el Negro le daba la gran noticia de que iba a ser abuela, que el análisis de Almudena había dado positivo.

—Es como si a nosotros se nos hubiese parado el reloj —explicaba el Negro, saboreando la última botella de Suter, mientras escuchaban Ramonet, Martelotti y Melina—. Mientras allí el tiempo pasó rápido, más rápido que lo normal. Todo parece igual que cuando uno se fue, pero no es cierto , todo está cambiado y uno ya no tiene las claves para descifrar lo microscópico de lo que sucede, ni comprender todos los sentidos de lo que se dice.

—Se pierde la capacidad de sutileza —apoyó Martelotti—. Como esos idiomas extranjeros que uno deja de hablarlos durante un tiempo y entonces uno se vuelve Tarzán. Condenados a lo grueso y analfabetos para los detalles.

—Quizás por eso nos juntamos, somos integrantes de una raza reducidísima...

—En extinción.

—En extinción... como este Suter.

Don Leopoldo y el Negro se apreciaban, se estaban agradecidos el uno al otro y sus reproches, al Negro por cumplir sin entusiasmo y al dueño de la tienda por no haberle legalizado nunca su contrato de trabajo, no eran suficientemente vigorosos como para enturbiar su recíproca simpatía.

—Usted y yo no nos vamos a entender nunca— dijo una vez el empleado y don Leopoldo le regaló entonces una de las claves—. Por más que lo desee y me lo proponga nunca podré entender profundamente a alguien que no haya vivido la experiencia del franquismo.

En otra oportunidad, mientras la radio difundía alguna noticia sobre Argentina:

—Hablamos el mismo idioma pero somos muy diferentes. Por ejemplo aquí en España jamás podremos comprender el peronismo, es algo que comprendéis sólo vosotros.

Pero el Negro tampoco estaba seguro de comprender el peronismo. En realidad no comprendía casi nada, o lo comprendía todo a medias, lo que era aun peor. Como ese satélite con su instrumental mal enfocado que transmitía imágenes borrosas que se prestaban a interpretaciones erróneas.

—Soy un scalextric azul —le dijo una noche a una de las prostitutas con las que se acostaba de tanto en tanto.

—Si estás ebrio vete y vuelve otra vez. No me gusta hacerlo con ebrios.

No estaba ebrio. Acababa de sufrir una emoción violenta, camino al burdel. En una juguetería dos niños corrían carreras en una pista de scalextric, y sus cochecitos, uno rojo y otro azul, maniobrados a distancia con habilidad, recorrían sus trayectorias velozmente. Hasta que uno de ellos, el azul, se salió de la pista y golpeó contra la pared.

—Soy un scalextric —comentó el Negro, alterado, como si una dolorosa verdad le hubiese sido revelada—. Yo también descarrilé y ya no pude volver a la pista. O si lo hice lo hice a la cola, sin chances.

Su madre había muerto pocos meses después de su único viaje a Argentina. Nadie se lo comunicó a tiempo.

Se había enterado porque el correo le devolvió una de sus cartas semanales por "destino desconocido". No tuvo dudas de lo que había sucedido pero llamó por teléfono, su corazón latiéndole despavorido.

—Esa señora ya falleció. Falleció el mes pasado. Nosotros somos los nuevos inquilinos. ¿Quién habla?

—No, nada, no se preocupe —alcanzó a balbucear antes de cortar, acelerado por una absurda vergüenza de ser reconocido.

Fue al día siguiente cuando al abrir el cofrecito de su correspondencia la encontró. La reconoció enseguida y un escalofrío violento recorrió su cuerpo de punta a punta. La tomó entre sus dedos con enorme precaución como si se tratase de algo frágil, quebradizo.

"Mi querido hijo —comenzaba—, hace dos meses que no te escribo porque mi salud no anda nada bien. Pero no te preocupes porque seguramente pasará, como otras veces", las lágrimas del Negro goteaban ya sobre su camisa. **"Además estoy segura de que Dios me ayudará a vivir hasta que volvamos a estar juntos."** Luego la caligrafía dificultosa que había ido deteriorándose carta tras carta hasta hacerse casi ilegible, se internaba en los acostumbrados comentarios sobre vecinos y parientes, sobre inflaciones y restricciones. Sin referirse nunca a sus estados de ánimo, a sus sentimientos más profundos. Protegiendo a su hijo de la culpa.

"Ella me escribía de tanto en tanto para que yo no dejase de mandarle cartas. Como si me diese cuerda", razonó el Negro sin poder controlar ese temblor de sus manos que arrancaba susurros al papel de seda. "P.S.: No dejes de escribirme siempre, aunque ya no esté. Siempre me gustaron tus cartas y a vos, estoy segura, te hacen bien". ¡Aunque ya no esté!, respingó el Negro, su madre sabía que iba a morirse pero quiso protegerlo. En ese momento además se convenció de lo que hasta entonces sólo se había atrevido a intuir: su madre no creía en lo que él le contaba, simplemente le seguía la corriente. La prueba era, no se había dado cuenta de ello hasta ese instante, que jamás le preguntó sobre Almudena ni sobre su imaginario hijo próximo.

Tenía una carta a medio terminar en la mesa de patas desparejas arrinconada contra una de las paredes de la habitación oscura y vetusta que alquilaba a doña Engracia. Escribió los últimos renglones: "Creo que me conviene irme al Banesto donde me darán un despacho al lado de Mario Conde, su presidente, y donde atenderé asuntos de la mayor importancia. Más adelante podré pedirles que me destinen a la Argentina para ocuparme de las inversiones allá y quizá en toda Sudamérica. Entonces viviremos juntos y nunca más nos separaremos. Un beso enorme de su hijo. Negro". Se quedó mirando el papel y al rato agregó después de "hijo", "que tanto la quiere". Después humedeció prolijamente el sobre con su lengua y lo pegó. Le adhirió las estampillas con la efigie del Rey y se la guardó en el bolsillo para enviarla el día siguiente. Y todos los lunes.

MAR DEL PLATA

Teatro de alto vuelo. Cuando los años les pesan sobre las espaldas, dos amigos deciden pilotear los recuerdos para volar hacia el territorio del pasado. Tal el eje de *Aeroplanos*, la obra teatral escrita y dirigida por Carlos Gorostiza e interpretada por Carlos Carella y Pepe Novoa. Las funciones son de martes a domingo a las 21 y a las 23 en el Teatro Roberto Payró ubicado en Boulevard Marítimo 2280. Una invitación para subirse a la nostalgia y levantar vuelo. La pieza obtuvo dos premios Estrella de Mar: al mejor autor nacional (Carlos Gorostiza) y a la mejor escenografía (Luis Diego Pedreira).

Un quinteto con escoba. La obra teatral que más premios Estrella de Mar recibió, *Brujas*, se presenta en el Teatro Atlas de martes a domingo en el horario de las 21.30 y las 23.30. La pieza, de Santiago Moncada, dirigida por Luis Agustoni, narra la historia de un grupo de mujeres que compartieron su adolescencia en un internado y que vuelven a encontrarse veinticinco años después. Chismes, recuerdos y una cantidad de trapitos al sol en la obra interpretada por Thelma Biral, Susana Campos, Nora Cárpena, Moria Casán y Graciela Dufau. Cinco brujas para una escoba de fin de temporada marplatense.

La debacle show. Tal el título del espectáculo que presentan las Gambas al Ajillo de martes a domingo en el horario de las 22.30 en el Teatro Colón. Ellas son Alejandra Flechner, María José Gabín, Verónica Llinás, Laura Marker y el invitado crónico, Miguel Fernando Alonso. Humor filoso y despiadado en el que las Gambas se ríen de los achaques que trae la vejez, de las idas y vueltas de una histérica de manual y de todo lo que tenga que ver con el sexo y sus alrededores. Tras una exitosa temporada en el Teatro Empire de Buenos Aires, las ex reinas del underground —porque bien se sabe que ahora se lucen en la superficie— hacen de las suyas en estas playas.



Gente desarraigada. En el aula magna Silvia Filler de la Universidad Nacional de Mar del Plata se ofrece de jueves a domingo, a partir de las 22.30, la obra de teatro *Mareposa* de Portnoy y Mónaco. La pieza toma como punto de partida uno de los grotescos de Armando Discépolo e indaga en un tema de actualidad como es el desarraigo. La interpretación está a cargo de Silvia Urquia, Nicou Fioia, José Casas Grau y Antonio Mónaco, quien es también responsable de la dirección.

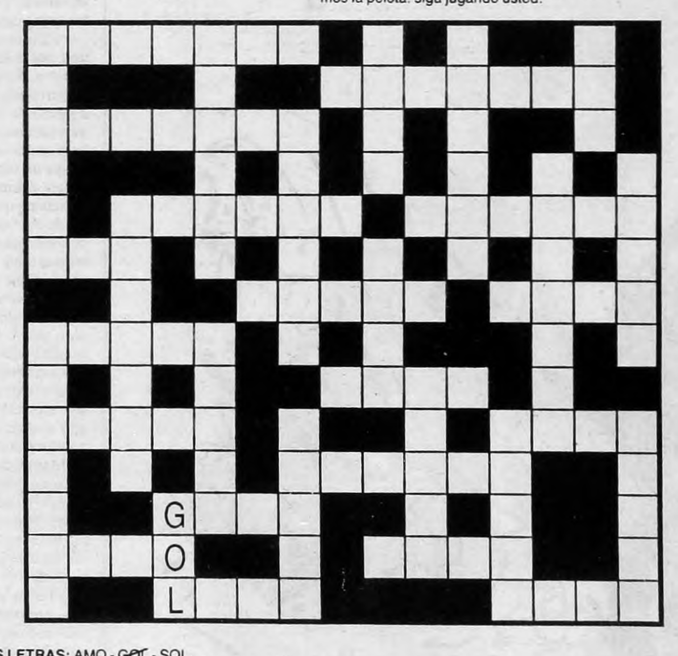
Una para pibes. Alicia Zanca protagoniza la comedia infantil *Pulgarcito*, con dirección de Mariana Sagasti y libro de Marisé Monteiro. Las funciones son de martes a domingo a las 19.30 en el Teatro Neptuno. Para los días en que el mal tiempo aleja a los turistas de la playa, también se levanta el telón a las 17. Ganadora del premio Estrella de Mar, *Pulgarcito* seguirá en la cartelera marplatense hasta el cierre de la temporada veraniega y luego volverá a Buenos Aires para presentarse en el Teatro Municipal General San Martín.

Plástica marplatense. Organizada por la Fundación Banco de Boston, está abierta al público en el horario de 8 a 15 la muestra de pintura de Marisa Poso y la de fotografía de Raúl La Cava. Los que se interesen en esta propuesta plástica no tienen más que darse una vuelta por la sucursal Mar del Plata del Banco de Boston, ubicada en avenida Independencia y Rivadavia.


Las Gambas al Ajillo presentan "La debacle show".

EL ACOMODO

Escriba las palabras de la lista en el esquema de manera que se crucen coherentemente. Para que empiece el partido con un tanto a favor, ya metimos un **GOL** en el esquema. Ahora le pasamos la pelota: siga jugando usted.



TRES LETRAS: AMO - ~~GOL~~ - SOL.
CUATRO LETRAS: CONO - ELLO - GATO - GIRO - GRAN - LATA - LOBO - LORO - SAPO - TORO.
CINCO LETRAS: ABRIR - ATROZ - CANTO - CARTA - COLOR - ESTOS - NEGAR - OBVIO - RENTA.
SEIS LETRAS: AMANTE - AMENOS - AMIGAS - BALERO - CAMISA - DORADO - LADRAR.
SIETE LETRAS: CANASTA - COLADOR - LOBREGO - MATERIA - PALMITO - VECINAL.

SOLUCION

